

VÍCTOR GUTIÉRREZ
BALÓN AMARILLO,
BANDERA ARCOÍRIS

EL DEPORTE
DE ÉLITE



SALE DEL
ARMARIO



LIBROS CÚPULA

VÍCTOR GUTIÉRREZ



**BALÓN AMARILLO,
BANDERA ARCOÍRIS**

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

- © del texto: Víctor Gutiérrez, 2022
- © Revisión y versión final del texto: Sara Díaz Mata
- © de la fotografía de la faja: Nines Mínguez
- © de la fotografía de solapa: Laura Almuiña

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Diseño de interiores: dtm+tagstudy

Primera edición: septiembre de 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2958-6
Depósito Legal: B. 3.546-2022

Impresión: Gómez Aparicio
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
1 PRIMER CUARTO	13
2 SUPLENTE	29
3 GOL	45
4 EXCLUSIÓN	65
5 VESTUARIO	81
6 CAPITÁN	107
7 MVP	121
8 CORRES COMO UNA NIÑA	137
9 EQUIPO	153
10 NUEVOS COLORES	169
11 TARJETA ROJA	183
12 FIN DEL PARTIDO	203
AGRADECIMIENTOS	221

1



PRIMER
CUARTO

■ Se nace siendo gay o se hace?

Mucha gente se hace esa pregunta. Existen multitud de estudios y teorías. Algunas apuntan a la genética. Otras hacia una etapa durante el crecimiento en el que determinados estímulos enfocan el deseo hacia un lado u otro. Sin embargo, no hay consenso ni nada científicamente probado, por lo que en una sociedad acostumbrada a debatir hasta lo «indebatible» es natural que la gente se haga esa pregunta. ¿Nací o me convertí? Y, aunque puedo entender la duda, para mí nunca la hubo: se nace.

Hay personas que consideran que la educación y el trato que se les da a los niños puede acabar marcando su orientación sexual. Personalmente, pienso que es algo disparatado. Desde que tengo uso de razón, me he sentido atraído por los hombres. Tengo un hermano un año más pequeño que yo y ambos hemos recibido la misma educación. ¿Qué ha ocurrido para que él sea heterosexual y yo homosexual?

La respuesta es sencilla: nada. Simplemente nacimos así. La diferencia entre ambos es que, debido a esa educación «heteronormativa» que recibimos, yo pensé durante muchos años que estaba enfermo y solo en el mundo, y él no; que yo tuve que ocultar mi verdadera identidad por miedo, y él no; y que, por tanto, la infancia que pasó yo y que pasó él no tienen nada que ver. Mientras él fue un

niño completamente normal, yo tuve un debate interno desde una edad muy temprana. Un debate en el que el núcleo era que no me gustaba quien era. Y que para sobrevivir tuve que ocultar esa parte que consideraba tan despreciable, así como buscar en los demás el cariño y el respeto que yo me negaba a mí mismo, para de esa forma, a través de sus aplausos, quererme un poquito.

A todas estas conclusiones, por supuesto, he llegado muchos años más tarde, con ayuda de profesionales y después de innumerables horas de conversaciones. Porque, desde que nacemos, somos portadores de una mochila invisible, a la que vamos echando cosas; nuestras experiencias y vivencias, nuestros miedos e inseguridades... Por no hablar de que hay algunas cosas que pesan más que otras. Al final, llega el punto en el que nos damos cuenta de que llevamos toda nuestra vida arrastrando un lastre que ni siquiera sabíamos identificar. La mayoría de las veces no somos conscientes de que está ahí, pero pesa.

Gran parte de ese lastre que las personas LGTBI arrastramos, comenzamos a sentirlo desde pequeños. La educación es uno de los actores principales en este escenario. No obstante, en mi caso, cuando hablo de educación no me refiero a la que me dieron mis padres. Como os iré contando de aquí en adelante, mi familia siempre ha sido mi mayor apoyo. Me refiero a esa educación estructural de la sociedad. A lo que entendemos por «las reglas del juego». A que desde que nacemos nos dicen lo que está bien y lo que no. Qué es normal y qué no lo es.

Por eso, y a pesar de esa educación heteronormativa y transversal en todos los ámbitos (familia, educación, deporte...), siempre he dicho que soy gay desde que nací, solo que esa orientación sexual, mi identidad, tuvo que luchar contra muchos prejuicios para salir a flote, porque mi subconsciente constantemente la empujaba a lo más profundo de mi ser y trabajaba para que desapareciera.

A fin de cuentas, la infancia es la etapa más importante de una persona a la hora de desarrollarse física e intelectualmente, pero, sobre todo, emocionalmente. Por eso, en este capítulo, no pretendo entender o generalizar acerca de lo que otros han vivido siendo niños LGTBI, sería absurdo siquiera intentarlo; sin embargo, sí creo que contando mi historia, todo lo que viví, mucha gente podrá sentirse identificada y hacerse una idea de lo que para un niño significa

sufrir LGTBIfobia a una edad tan temprana. Sé que mi realidad ha sido y sigue siendo la de tantos otros, razón de más para abordar este tema desde la mirada de ese niño que creía que vivir era sobrevivir. Así, como si de un puzle se tratara, narraré algunos aspectos de mi vida que harán encajar todas las piezas.

Para ser justos, he de decir que, echando la vista atrás, fui un niño feliz. Nací en Madrid en 1991, en el seno de una familia de clase media. Mi madre ha trabajado los últimos veinticinco años en Iberia como secretaria de presidencia y mi padre era gerente en la multinacional McDonald's. Justo un año después de mí nació mi hermano Jaime, una de las personas más importantes de mi vida. Nunca nos faltó nada, ni física ni emocionalmente. Mi madre, además de compaginar su trabajo con las labores de la casa, siempre ha sido cariñosa y atenta con nosotros, y mi padre, aunque era más frío en este aspecto, se desvivía por nosotros y nos quería con locura.

En cuanto a mi vida académica, estudié en un colegio de monjas, el Sagrado Corazón, hasta los dieciséis años. Desde pequeño fui buen estudiante y nunca tuve problemas a la hora de pasar de curso con todo aprobado y con buena media. Siempre he sido, también, una persona que ha liderado innatamente. Desde cuarto de primaria y hasta segundo de bachillerato mis compañeros me eligieron delegado de clase.

Siguiendo la analogía del puzle, otra pieza fundamental ha sido (y es) mi estrecha relación con el agua y las piscinas, la cual empezó prácticamente antes de saber andar. Mis padres se compraron una casa de vacaciones en Torremolinos, cuando yo aún estaba en la barriga de mi madre. Pese a que no tengo recuerdos nítidos de esos años, mi madre siempre cuenta que en el primer verano que pasamos allí yo no quería salir de la piscina. Siempre me ha encantado el agua. Como no le tenía miedo, era muy imprudente, pues no sabía nadar, pero tampoco quería salir de la piscina. Así que para evitarse disgustos y estar un poco más tranquilos, además de garantizar una actividad deportiva, mis padres me apuntaron a natación con apenas dos años. Si tanto me gustaba el agua, que al menos me supiese desenvolver en ella, pensaron. Ese fue el principio de todo.

Ya en Madrid iba a clases de natación con mi hermano Jaime todos los días después del cole. Hasta que, a los ocho años, la piscina a la que íbamos cerró y tuvimos que buscar un nuevo club para

entrenar. Tras unos meses de prueba en otra piscina, a través de la madre de un chico que nadaba con nosotros, hicimos una prueba en el Club Natación La Latina. Tanto a mi hermano como a mí nos «ficharon» para el club de waterpolo. En cuanto nos pusieron dos porterías y nos tiraron un balón, aún sin haber tocado uno jamás, fue amor a primera vista. Era muchísimo más divertido que nadar. Interactuaba con los compañeros, se marcaban goles... no tenía nada que ver con la natación. Tardé poco tiempo en cambiar las gafas por el balón.

Una vez más, aquel liderazgo del que hablaba anteriormente se trasladó al deporte. Fui el capitán del equipo desde los trece hasta los dieciocho años, en todas las categorías inferiores del club, y más tarde también lo fui en el Canoe, el club en el que jugué profesionalmente, aunque ya llegaremos a ese punto más adelante. Como veis, *a priori*, fui un niño feliz, con una familia que me quería, acomodada, con buenos amigos, aplicado en el colegio y haciendo un deporte que me gustaba y se me daba bien.

Sin embargo, a medida que iba creciendo y descubriendo quién era, fui dándome cuenta de que en el fondo no me gustaba como persona. Y que todo aquello que no quería que los demás viesen de mí tenía que ocultarlo. Al final, en ese proceso, me convertí en alguien que se odiaba por ser quien era. Me refugié en todo lo que hacía para olvidar aquella parte monstruosa de mí, mi homosexualidad, y que los demás viesen esa parte brillante y exitosa que elogiarían. Durante muchos años aprendí a quererme y valorarme basándome en el reconocimiento de los demás. El mío propio no me interesaba ni tampoco me servía. Al fin y al cabo, me consideraba una abominación, alguien enfermo que se merecía todo lo malo que le pasase.

Pero la vergüenza por ser así era tan grande que puse todo mi empeño en ocultarla. Nadie podía verme tal y como era. Todo este debate interno hizo que, a pesar de tener todos los ingredientes para ser un niño feliz, no lo fuera. No tuve que esperar a la pubertad ni a conocerme por dentro para enfrentarme a ello. Otros se encargaron de enseñarme que no podía ser yo, que, si quería sobrevivir, tendría que inventarme otra persona. Y eso es lo que hice. Fingir. Fingir ser otro niño para protegerme de todo lo malo de fuera. Odiarme por dentro, pero no permitir que nadie lo hiciese por fuera.

Y, como os podéis imaginar, así es imposible ser feliz.

Todo empezó con una simple palabra. Una palabra. Pero las palabras tienen un significado y aquella cambió mi vida para siempre. Dejó una herida eterna que aún hoy no ha cicatrizado. Fue el aviso de todo lo que llegaría, o más bien de lo que podría llegar.

«Maricón.» Nunca olvidaré la primera vez que me llamaron «maricón».

Fue en el colegio. Yo tenía ocho años e iba a tercero de primaria. Debía de ser mayo o junio, a pocas semanas del final de las clases. Estaba en el recreo, jugando con unos cochecitos de juguete con unos compañeros, sentado en un árbol. Dos chicos mayores se acercaron a mí. Tendrían, como mucho, un par de años más que yo, pero en mi memoria infantil los recuerdo como auténticos adultos. Se quedaron de pie mirando cómo jugaba y cuando les devolví la mirada, uno de ellos me dijo: «Eres maricón». Lo recuerdo perfectamente. Me quedé inmóvil. No sabía qué decir.

Tampoco sabía lo que significaba aquella palabra. La sola presencia de dos chicos más mayores ya era lo suficientemente intimidante. Mi respuesta fue encogerme de hombros, mirar hacia abajo donde tenía mis cochecitos y esperar a que se fueran.

A pesar de que no tenía ni idea de lo que me acababan de llamar, sí supe por el tono en el que lo dijo que algo bueno no era. Que dos chicos mayores que no conocía de nada se acercaran a mí para decirme algo... no me cuadraba. Y, sobre todo, la forma de decirlo. Ya con ocho años un niño es capaz de diferenciar cuándo se le dice algo con cariño y cuándo no. Y aquello estaba convencido de que no era con buena intención.

Esperé a que se fueran, con la cabeza agachada, la mirada en el suelo y mis cochecitos agarrados fuerte, sin mover un músculo. Cuando vi con el rabillo del ojo que sus zapatos se alejaban de mí, levanté la vista y miré a mis dos amigos. Ambos me estaban mirando. Les pregunté qué significaba la palabra «maricón» y uno contestó entre risas que eso era que me gustaban los chicos.

Ahí descubrí que lo que habían hecho era insultarme. Fue algo parecido a recibir un golpe. Yo me preguntaba qué había dicho o hecho para que esos chicos llegasen a tal conclusión. No lo entendía. Fue la primera vez que tuve consciencia de lo que significaba ser homosexual.

Por aquel entonces y con ocho años no tenía ningún instinto sexual, por supuesto. No lo había desarrollado aún. No me interesaban lo más mínimo ni los chicos ni las chicas. Pero esos dos chicos mayores habían dado por hecho que me gustaban los chicos. Me llamaron maricón incluso antes de que yo mismo supiera que era homosexual. Aquel día no solo comprendí lo que significaba esa palabra que me ha acompañado desde entonces, sino también que serlo se relacionaba con algo malo. Que la gente te podía atacar o insultar por ello.

Sí es cierto que algunos chicos de clase ya tenían novia, aunque a esa edad no había besos ni prácticamente contacto físico. Ni que decir tiene que por supuesto tampoco había sexo. Todo formaba parte de un juego. Ese juego en el que los niños tratan de reproducir los comportamientos de los adultos. Comencé a pensar que quizá me habían llamado maricón por no tener novia, y que, si le pedía salir a una chica, no me lo dirían más. O que, si me lo habían dicho, quizá es que tenían razón y realmente era un maricón. ¿Y si era así? ¿Cómo podía saberlo?

Lo que tuve claro es que, si maricón era un insulto, algo por lo que los demás me podían atacar, tenía que evitarlo. No permitiría que se metieran conmigo. Nunca. Esa palabra me marcó más de lo que podía imaginar y los pensamientos que la acompañaban se quedaron en mí, por lo que a menudo me venían a la cabeza. No dejaba de darle vueltas a por qué me habían dicho algo así. Me intenté convencer de que esos dos chicos me insultaron a mí como podían haber insultado a otro. Buscaba en clase, entre mis compañeros, a alguien que pareciera maricón. Hacía lo mismo en la piscina con el resto de los chicos de mi equipo. Y con niños de otras clases, más pequeños, más mayores, buscaba por los pasillos, en el patio..., algún gesto o señal que me ayudase a identificar a un maricón.

Y lo encontré. Claro que yo no podía saber si aquellos chicos eran homosexuales, pero me estaba rigiendo por su manera de comportarse. Lo que llamamos su expresión de género. Es decir, la apariencia y todo ese conjunto de actitudes con el que manifestamos nuestro género. Aunque esto no tiene por qué ir de la mano con la orientación sexual ni con la identidad de género, mi yo de ocho años no tenía ni idea. Simplemente, buscaba actitudes o gestos que se saliesen de la norma. De lo que yo entendía por «normal».

La manera de actuar o de hablar era algo en lo que nunca había reparado. Pero si me habían llamado maricón, quizá era porque hacía cosas que hacen los maricones; ese fue mi razonamiento. Así que llegué a la conclusión de que tenía que dejar de hacerlo inmediatamente. Mientras tanto, en esta búsqueda me di cuenta de que había chicos que siempre se juntaban con chicas, algunos que no jugaban al fútbol, otros que tenían una apariencia más femenina... y que eran el blanco del mismo insulto: maricón.

Para evitarlo, comencé a hipervigilarme. Me observaba diariamente con detenimiento. Me fijaba en cómo hablaba, cómo me sentaba, cómo me reía, cómo caminaba... Empecé a prestarle atención a este tipo de comportamientos propios para eliminar de raíz cualquier gesto o síntoma que me delatara como un maricón.

Rápidamente fui consciente de que había cosas que no podía hacer o tendría que controlar si no quería entrar en ese grupo y ser señalado como maricón. Por ejemplo, aunque no me gustaba nada jugar al fútbol porque era muy malo, tendría que hacer el esfuerzo; me ponía de portero, para molestar menos. Como tenía varias amigas, tenía que haber siempre otro chico conmigo para juntarme con ellas; nada de ir yo solo con un grupo de chicas. Así me fui autoimponiendo una serie de reglas absurdas que en mi cabeza tenían todo el sentido del mundo, para no despertar más esa sospecha que ya unos chicos mayores habían advertido.

Todo aquel discurso que hasta hacía unas semanas jamás había existido ni formado parte de mis preocupaciones se convirtió en el protagonista indiscutible de mis pensamientos desde entonces. Toda mi vida, tal y como la conocía, desapareció para siempre, pues el nuevo marco mental que había llegado lo hizo para quedarse y aún perdura hasta la actualidad. Para un niño de ocho años afrontar aquello completamente solo, sin herramientas que le ayudasen a gestionar esas emociones, sin información al respecto, sin apoyo de nadie, con miedo y con vergüenza, se hizo muy cuesta arriba. Ese episodio dejó heridas y cicatrices que todavía hoy no han desaparecido.

Las siguientes semanas tuve localizados a los niños que me insultaron en el patio e intenté evitarlos a toda costa con la esperanza de que se hubieran olvidado de mí, o que al menos no me viesan para que no me volviesen a llamar maricón. Solo quedaban unas

semanas de clase, y mi yo de ocho años pensaba que a lo mejor el año siguiente se cambiaban de colegio, con suerte, y no tenía que verlos más. Que podía pasar cualquier cosa que solucionaría mi problema. No sé si fue casualidad o que verdaderamente esos chicos se olvidaron de mí, pero no volvieron a acercarse. Por fin, las clases acabaron y por delante tenía lo mejor del año: las vacaciones de verano.

En esos días de juegos y de disfrutar del verano, descubrí, por casualidad, un referente donde menos lo esperaba, en un programa de la tele, *Mamma Mía*, un magazín de corazón en el que iban comentando la actualidad, mientras daban paso a vídeos editados de manera muy graciosa y peculiar. Huelga decir que por aquel entonces la falta de referentes LGTBI era la norma, por lo que aquel descubrimiento fue doblemente impactante, por lo que era y por lo que representaba.

Desde el primer momento en el que vi a uno de los dos presentadores, Víctor Sandoval, ya no pude despegar los ojos de él. Fue la primera persona con pluma que reconocí en un medio de comunicación. Constantemente cantaba y bailaba dando paso a los vídeos, gesticulaba y hablaba de manera muy extravagante... era algo casi hipnótico. Me quedé pasmado durante varios minutos viendo el programa. La verdad es que era entretenido. Si bien lo que captó toda mi atención fue Víctor. Nunca había visto a alguien así. Con ocho años tampoco es que un niño pueda conocer a mucha gente más allá de sus compañeros de clase, del equipo, los padres de estos, los profesores y entrenadores. A esa edad uno piensa que el mundo se reduce a lo que le rodea, lo que ve. Y en ese instante yo estaba viendo algo que rompía los esquemas del mundo que conocía hasta entonces.

Fue como ver a un marciano. Víctor era completamente diferente a todos los hombres que había visto. No hablaba ni se comportaba como el resto. Lo hacía de forma amanerada, femenina. Con lo que comúnmente conocemos como pluma. La fascinación por ver a alguien rompiendo los moldes que tenía establecidos en la cabeza se mezclaba con el sentimiento de repulsa al identificarlo como aquello en lo que no debía convertirme si no quería que se riesen de mí o me hiciesen daño. A través de Víctor comprendí lo que significaba la heteronormatividad. Aún sin tener ni idea del concepto, fui

conocedor del significado: actuar y comportarte de manera normativa para encajar.

Até cabos en un segundo. Fue como si todos esos indicios que estuve buscando a mi alrededor durante semanas para identificar qué había provocado que esos chicos mayores me llamaran maricón se concentrasen en una sola persona. Deduje que Víctor Sandoval era maricón y que, para evitar que me llamasen así de nuevo, tendría que hacer todo lo contrario a lo que en ese momento estaba viendo en televisión.

Rápidamente quité los ojos de la pantalla. Ya había recopilado bastante información sobre qué cosas no debía hacer y no quería que nadie me pillase viendo la televisión y también sospechase algo. Como es lógico, ese terrorífico escenario solo estaba en mi cabeza, pero aquel insulto me marcó tanto que sentía que estaba en peligro constante, y que alguien más podía llegar a la misma conclusión que aquellos dos chicos mayores.

También tenía la sensación de que era posible que me hubieran llamado maricón porque ellos habían sido capaces de ver algo en mí que era cierto, incluso antes que yo mismo. En definitiva, ante mí se abrían muchas posibilidades, pero todas estaban controladas por el mismo sentimiento: el miedo. Sin embargo, a pesar de tener esa continua sensación dando vueltas por mi cabeza, también se despertó otra muy diferente. La curiosidad.

Al día siguiente estuve esperando impacientemente a que llegase la tarde. Le dije a mi hermano pequeño que no quería jugar, me metí en el cuarto de estar, cerré la puerta y puse la tele, muy bajita, para que nadie la escuchase. Recuerdo que tenía en el suelo un par de juguetes para fingir que estaba jugando por si alguien entraba de golpe en la habitación; es más, el mando lo tenía cogido con el dedo puesto en el botón de apagar por si acaso. Estaba aterrado y fascinado a partes iguales.

Quizá muchos de vosotros no entendáis por qué tenía esa necesidad de ver el programa. En aquel momento era incapaz de encontrarle una razón. Ahora, con el paso del tiempo y con la información y el conocimiento necesarios, creo que puedo darla.

No es que quisiese ser como Víctor. Tampoco es que estuviese reprimiendo mi expresión de género o que me sintiese identificado..., simplemente sentía curiosidad y admiración por alguien que salía

en la televisión mostrándose de esa manera tan genuina. A mí me habían llamado maricón aparentemente sin motivo, y esa palabra había condicionado mi vida por completo. Lo único que buscaba era huir de aquello. Pero Víctor Sandoval estaba orgulloso de ser así. No se ocultaba ni controlaba. Era él mismo. Digamos que se convirtió en lo más parecido a un referente en aquel momento. La única persona que, lejos de mi diminuto mundo, podía ser como yo.

De nuevo, la importancia de tener referentes a ciertas edades cobra todo el sentido y deja en evidencia a una sociedad que necesitaba avanzar por el bien común y, sobre todo, por los más pequeños. Lo que está claro es que la representación LGTBI era escasa en todos los ámbitos, pero aún más en el deporte, motivo por el que ni siquiera hablo de él en estas páginas. Solo la televisión arrojaba algún rayo de luz para todo aquel que no encajara en la «norma».

Unos años más tarde, sería otro personaje televisivo, Boris Izaguirre, el referente homosexual al que agarrarse. Sus apariciones en el programa *Crónicas marcianas* nunca estaban exentas de polémica. Su estilo era muy parecido al de Víctor Sandoval: excéntrico, ruidoso y exagerado. También era habitual verle sin pantalones e incluso sin calzoncillos subido a la mesa. Aquellas dos personas tan alejadas y opuestas a lo que yo era fueron lo más parecido a un referente para mí.

Su papel no era otro más que entretener, divertir al público y a los espectadores, aunque quedaba difuminado cuando la gente se reía de ellos, asumiendo un papel bufónico. Sí recuerdo, al respecto, algún comentario por parte de compañeros de equipo más mayores tildándolo de maricón o incluso utilizando su nombre como insulto. Ese era el efecto que tanto Boris como Víctor despertaban en mi entorno. Rechazo. Desprecio.

Por tanto, era complicado gestionar lo que sentía. Por una parte, no podía coger como referentes a personas con las que no me sentía en absoluto identificado y que además generaban rechazo social, aunque, por otra parte, mostraban sin pudor aquello que quería esconder y, a pesar del rechazo, sentía un vínculo indescriptible con ellos, pues eran las dos únicas personas del universo con las que tenía eso en común. Era una carretera de doble sentido.

Viéndolo con los ojos del presente y desde la madurez, entiendo que, gracias a su visibilidad, fueron referentes para muchas

personas en aquel momento. Y que fueron valientes al mostrar quiénes eran y cómo eran, sin miedo, sin importarles el qué dirán, en una sociedad que quizá estaba dando sus primeros pasos en cuanto a la aceptación y normalización en los medios televisivos de las personas LGTBI.

Con esto quiero decir que los referentes LGTBI que en la década de los noventa tuvo mi generación, tristemente, eran utilizados como caricatura. Aquellas personas encajaban y servían a los intereses televisivos porque hacían gracia. Pero en ese *showtime* en el que todo vale por el espectáculo eran utilizados y servían para ridiculizar y reducir a todo un colectivo a unos cuantos gags.

Por tanto, fueron referentes y su visibilidad contribuyó a que personas históricamente disidentes aparecieran en espacios televisivos generalistas que jamás habían ocupado, que pudiesen mostrarse con normalidad en los mismos, y que las personas del colectivo LGTBI comenzásemos a resultar «normales» e incluso simpáticos al público.

Pero el peaje de estos primeros pasos entrando en la vida de los españoles a través de la televisión fue que aquellos que abrieron el camino fuesen clichés que se utilizaron para seguir etiquetando y estigmatizando al colectivo. Por supuesto que tanto Víctor como Boris han ayudado a muchas personas a entenderse, empoderarse y quererse, pero también es cierto que han contribuido a que otras muchas pongan etiquetas a toda una comunidad. Ellos no eligieron ser referentes. Seguramente no es lo que buscaban y únicamente se representaban a ellos mismos, pero llegaron los primeros.

Estos estereotipos asociados a la homosexualidad no hicieron más que ahondar en la herida recién abierta y evidenciar aún más aquel pensamiento defensivo de que debía alejarme de todo lo que se saliese de la norma y protegerme. Sin embargo, lo conseguí a medias. A pesar de mi hipervigilancia y de todos los esfuerzos por esconder mi incipiente homosexualidad, alguna vez en el colegio me volvieron a llamar maricón, aunque ocurría más en mi equipo.

Resulta curioso que esto no pasaba con los compañeros de mi edad, sino con los mayores, los que tenían entre uno y tres años más. Porque desde que empecé a jugar al waterpolo, se me dio muy bien. Tan bien que ni siquiera entré en la categoría que me correspondía, con los chicos de mi edad, sino en una categoría más.

Cuando tienes diez u once años y juegas con chicos de doce y trece, se nota mucho la diferencia, sobre todo, físicamente. No obstante, nunca tuve problemas con mis compañeros de categoría, todo lo contrario; hice un grupo de amigos que aún conservo. No solamente me divertía entrenando y compitiendo, sino que también lo hacía compartiendo tiempo y experiencias. En aquella época, más que compañeros, todos eran amigos y siempre me sentí muy respetado y querido por el equipo.

Pero, como decía, sí era habitual que algunos mayores me llamasen maricón. Entrenábamos y convivíamos con chicos hasta cuatro años mayores. No era el único al que se lo decían, ya que «maricón» y «puta» son las primeras palabras que los niños aprenden para hacer daño a los demás. Seguramente, no se tratase de nada personal o motivado por algo que hubiesen visto en mí, pues al fin y al cabo era muy pequeño, pero al haber recibido ya insultos de ese tipo ya estaba en alerta. Cada «maricón» que escuchaba era como un puñal que se me clavaba.

Aprendí rápido a no dejar que se notase que aquello me afectaba y a responder ante esos ataques. Una de las particularidades que tiene el deporte es que el respeto está construido basándose en la edad, pero también en el nivel deportivo. Por ese motivo, aunque yo era más pequeño, explotaba esa brecha que me otorgaba el ser mejor jugador que la gran mayoría. Sí, se metían conmigo de vez en cuando, pero no tanto como con otros cuyo nivel deportivo era menor.

Inconscientemente, aquello me hizo darme cuenta de algo. Que cuanto mejor se te da algo o más importante eres, más te respetan y, por tanto, menos se meten contigo. Echando la vista atrás ahora soy capaz de comprender que mi mecanismo de defensa, la manera en que me protegí, fue centrándome en ser el mejor en lo que hacía. Si me convertía en el mejor del equipo, quizá los mayores no se meterían más conmigo. Si era el delegado de la clase y sacaba buenas notas, tampoco me insultarían en clase.

Al final, significaba matar dos pájaros de un tiro. Por un lado, garantizar que no tendría que vivir situaciones de discriminación, o al menos las reduciría, y por otro, sentir una admiración externa que internamente no sentía hacia mí. De alguna forma lo que estaba haciendo era buscar mi propio reconocimiento y autocariño en el aplauso de los demás. Aquel aplauso que yo me negaba a mí mismo.

Mi instinto de supervivencia se manifestó a una edad muy temprana. Tanto fue así que tuve que gestionar solo, sin ningún apoyo adulto, todas aquellas emociones que significaban no quererme en absoluto, aun siendo un niño querido por mi entorno, y tratar de esconder aquella parte auténtica para que nadie más que yo fuese consciente de que existía.

Este sentimiento de rechazo personal es muy habitual en todas las personas LGTBI. Es un dolor compartido. Desde la infancia, prácticamente todos, la información (o asistencia de ella) y estímulos que recibimos sobre nuestras identidades tienen connotaciones negativas que hacen que sintamos aversión hacia ellas. Cuando internamente comenzamos a descubrir cuál es nuestra verdadera identidad, se produce un conflicto colosal entre quiénes somos y lo que nos han enseñado. No tenemos que haber escuchado este tipo de cosas en casa o en el colegio. La maquinaria normativa es tan grande y potente que todo lo que escapa a sus categorías es entendido como un agente extraño que debemos señalar y humillar.

Escapar de esta realidad cultural que atraviesa transversalmente todos los ámbitos es casi imposible. Por ese motivo, el dolor de ser quienes somos, por ser quienes somos, es un rasgo común en todas las personas LGTBI. Al menos, durante una parte de nuestras vidas. Y, como es evidente, ese dolor deja cicatrices que tardan mucho en curarse. Algunas incluso nunca lo hacen.

Sin embargo, la tierna infancia de desconocimiento y la pubertad de incipiente descubrimiento comenzaban a dar paso a una nueva realidad. Probablemente una de las etapas más difíciles de la vida, donde si ya de por sí el instinto de supervivencia se activa de manera automática, siendo homosexual iba a necesitar nuevas herramientas, pues las hormonas entraban en acción y cambiaban el escenario y las reglas del juego: llegaba la temida, y esperada a partes iguales, adolescencia.